

Hace unos días nos dejó para siempre Glenn Frey. Guitarrista y compositor de Eagles. Nadie por aquel entonces entendía la letra de las baladas en inglés. No hacía falta. Los acordes iniciales de la guitarra, la voz, el tono de la melodía, nos hacían intuir que hablaban de amor de una forma íntima, agri dulce, melancólica como una hoja al viento del otoño. Entonces no sabíamos quién era él, pero sí su grupo. A su música le llamaron Sonido California por que se creó allí, surgida de los hippies años sesenta y bebiendo de las fuentes del country. Nuevas tendencias musicales. El icónico Bob Dylan reconociendo a Johnny Cash -cantando con él-, un vaquero brutote que atesoraba el ritmo más puro del folk americano. A finales de los setenta aún se dejaban sentir en España los coletazos de aquel movimiento -el hippie- de tolerancia y apego a la naturaleza que surgió de la contracultura. Costa oeste americana. Haz el amor y no la guerra. Todavía en los primeros años de Colegio Mayor había gente -poca- que se colgaba su símbolo. Una y griega invertida. Se dejaba el pelo largo. Y se vestía con pantalones de peto y alpargatas de esparto blancas a las que le pintaban palmeras y flores. Como en una adscripción cómplice a aquellos melenudos de Woodstock -y chicas con una cinta en la frente- que pretendían un mundo nuevo. Y aunque en realidad no eran más que un sucedáneo de ellos, ya tardío y algo caduco, al menos nos hicieron conocer a cantantes como Janis Joplin o la Jefferson Airplane y su filosofía de vida. Y herederos de toda esta remoción y estallido de ideas creativas en la que la música jugó un papel esencial brotaron una serie de bandas excelentes en las que Eagles fue la genuina. Su música la oíamos en el vinilo de un guateque, en el cassette extraíble de un coche usado o en Radio Córdoba FM. Los memorables Hotel California, Take It Easy o Lying Eyes. Sin embargo, me quedo con Best Of Your Love. Era, al comenzar a oírla, como si una bala sentimental alcanzase la diana del corazón. En el pliegue donde se guarda la ternura más honda a los veinte años. Y esos breves minutos de canción eran deliciosos si los compartíamos con alguien. Oyendo, bailando. Y la imaginación lo hacía por nosotros -nostálgica- si ese alguien ya no estaba. O por otro alguien que -expectantes- aún no conocíamos. Algo así como nos cuenta su letra. Con esta canción -como el título- Glenn Frey nos deja lo mejor de su música.

Que nos lleva en la memoria al que fue -quizás- nuestro mejor tiempo.
Descanse en paz.

El Fiscal Internacional de Santa Mónica.

ignaciobenju@gmail.com